

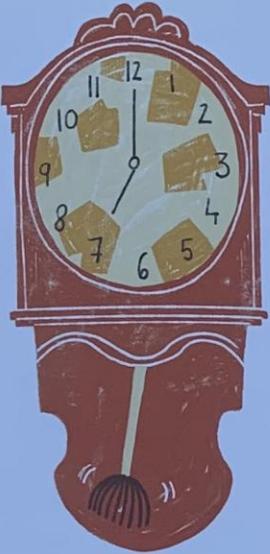


GRACIA
IGLESIAS

Marcelina
en
la cocina

SARA
SÁNCHEZ

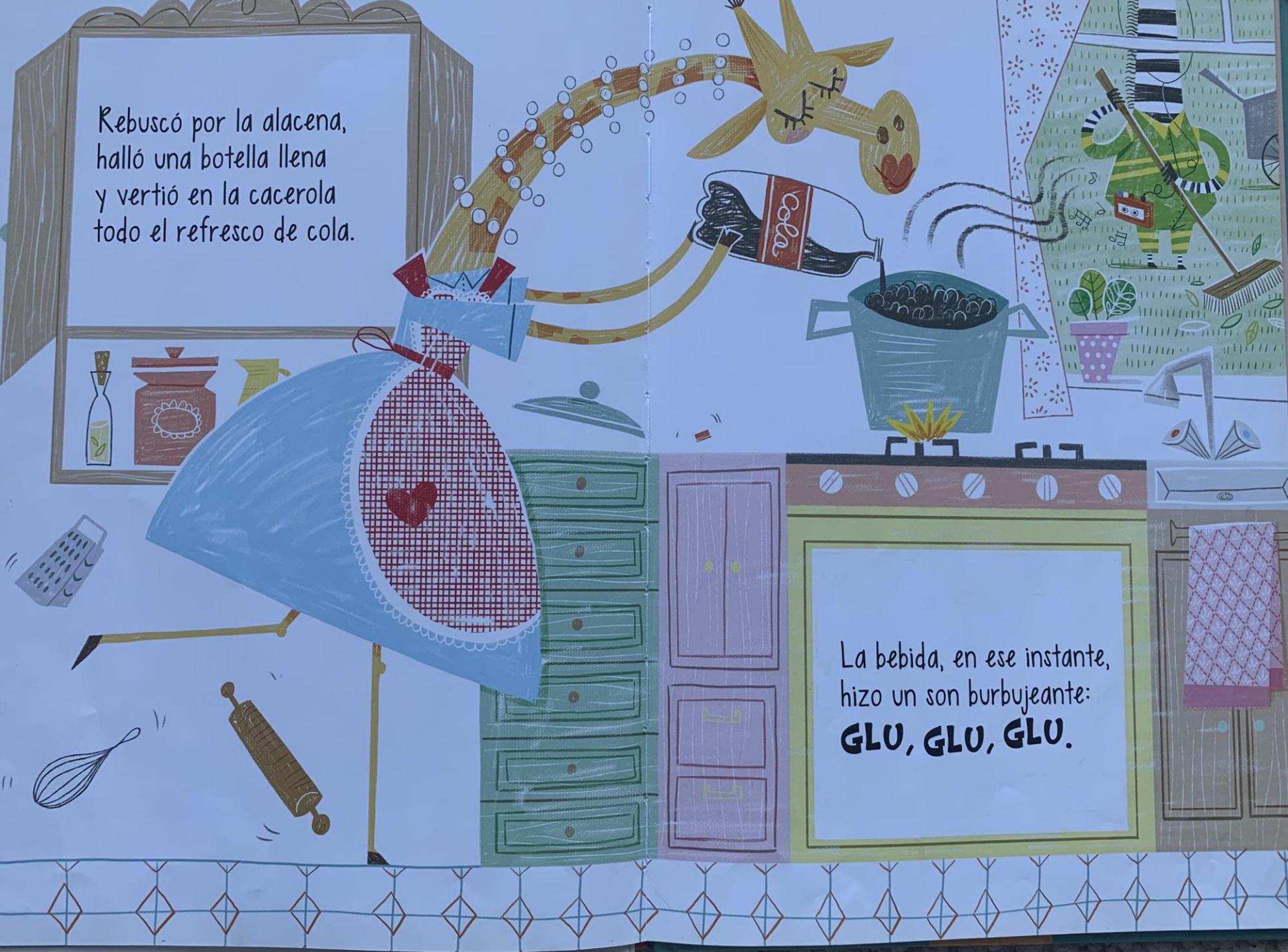
miau



La jirafa Marcelina
cuidaba de su sobrina
y a la hora de cenar
se dispuso a cocinar.

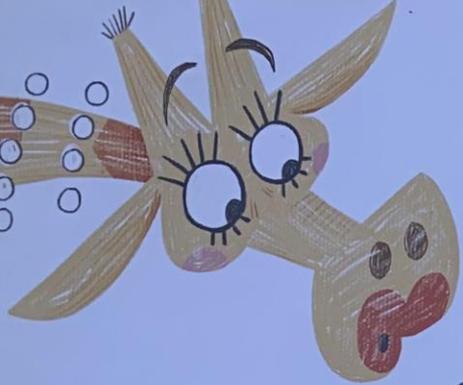


—Pero, mi tía adorada,
isi no sabes guisar nada!
—Tranquila, haré una sopita
con tus chuches favoritas.

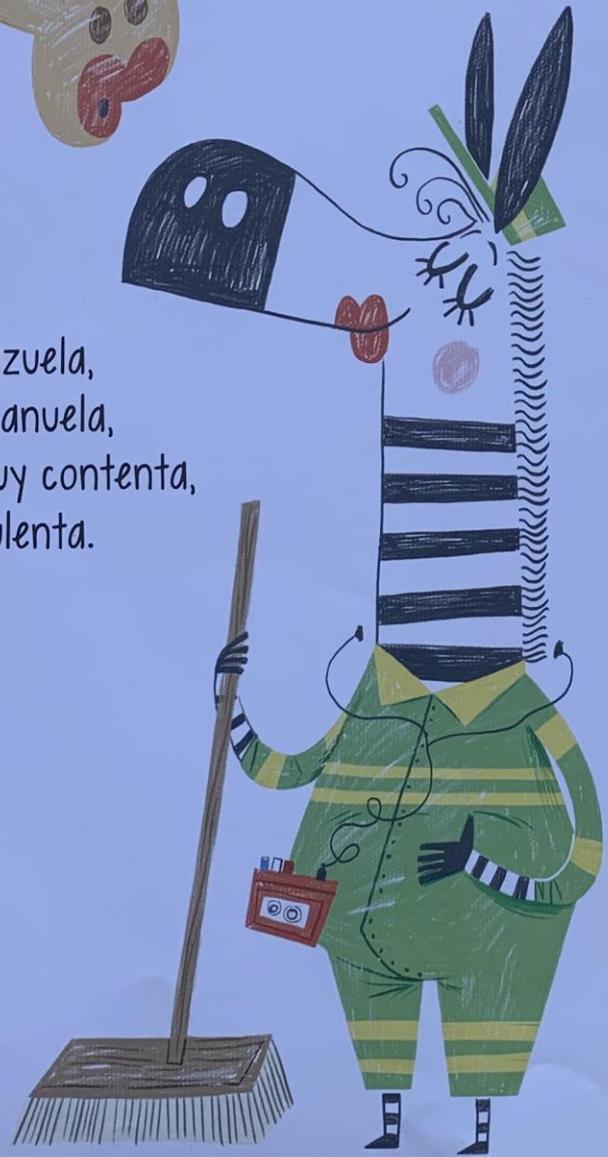


Rebuscó por la alacena,
halló una botella llena
y vertió en la cacerola
todo el refresco de cola.

La bebida, en ese instante,
hizo un son burbujeante:
GLU, GLU, GLU.



Al olor de la cazuela,
llegó la cebra Manuela,
que se sumó, muy contenta,
a cena tan succulenta.



—A esta sopa deliciosa
solo le falta una cosa.
Necesita una pizquita
de hojas, palos y ramitas.

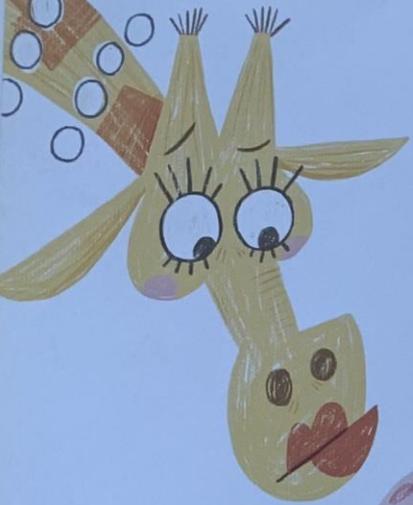
Ya Marcelina, animada
por esta nueva invitada,
buscó y rebuscó lo justo
para contentarle el gusto.



En la perola humeante
echó lo que dije antes:
CHOP, CHOP.



Hirviendo, el guiso cantaba
su canción disparatada:
GLU, GLU, GLU.
CHOP, CHOP.



Luego pasó por allí
Timoteo el jabali,
que aprovechó la ocasión
para darle su opinión:

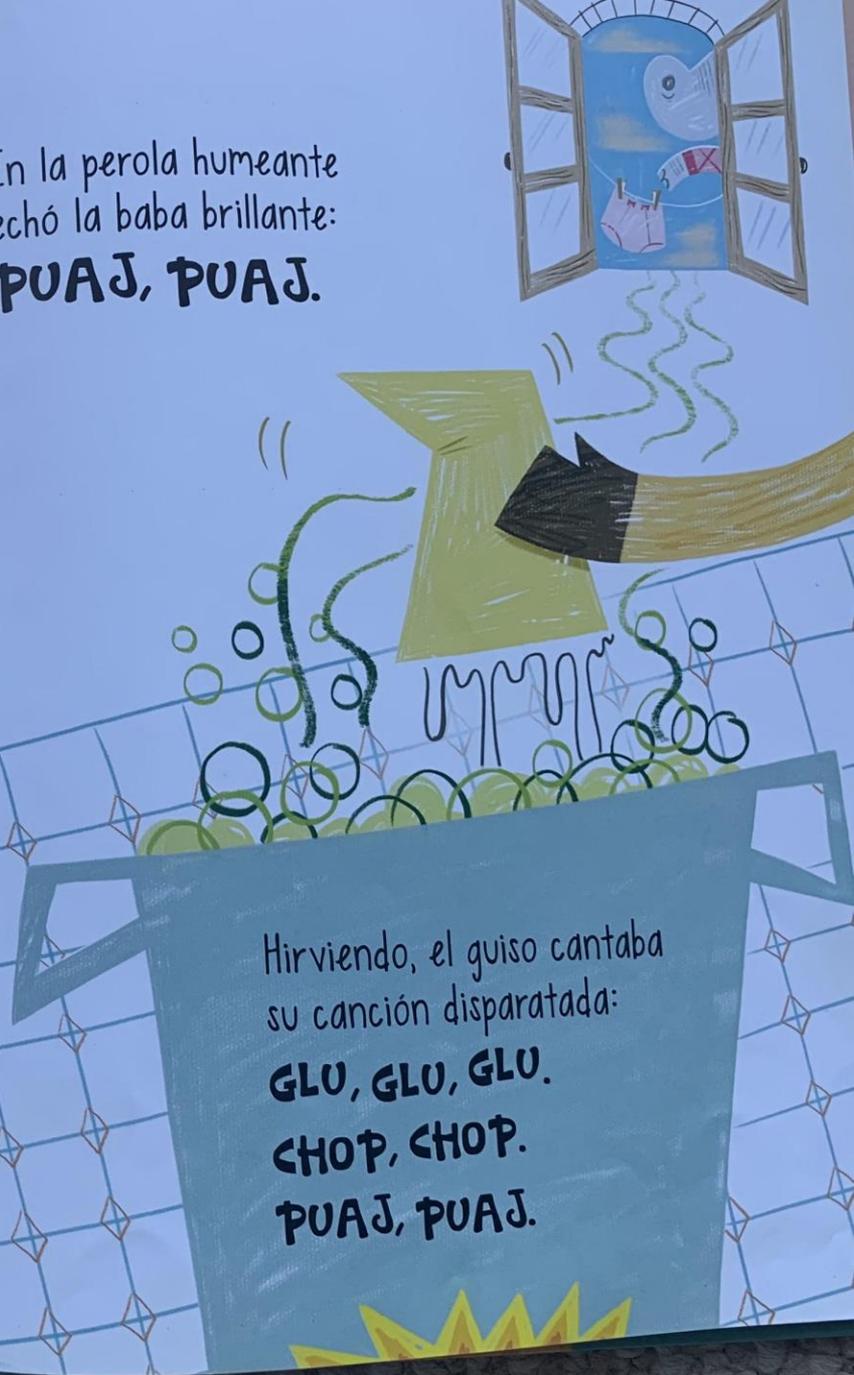


—A esta sopa bien caliente
le falta algún ingrediente.
Yo le pondría un buen bol
de baba de caracol.

Marcelina, cocinera,
tras vaciar la nevera,
encontró lo que buscaba
donde menos lo esperaba.



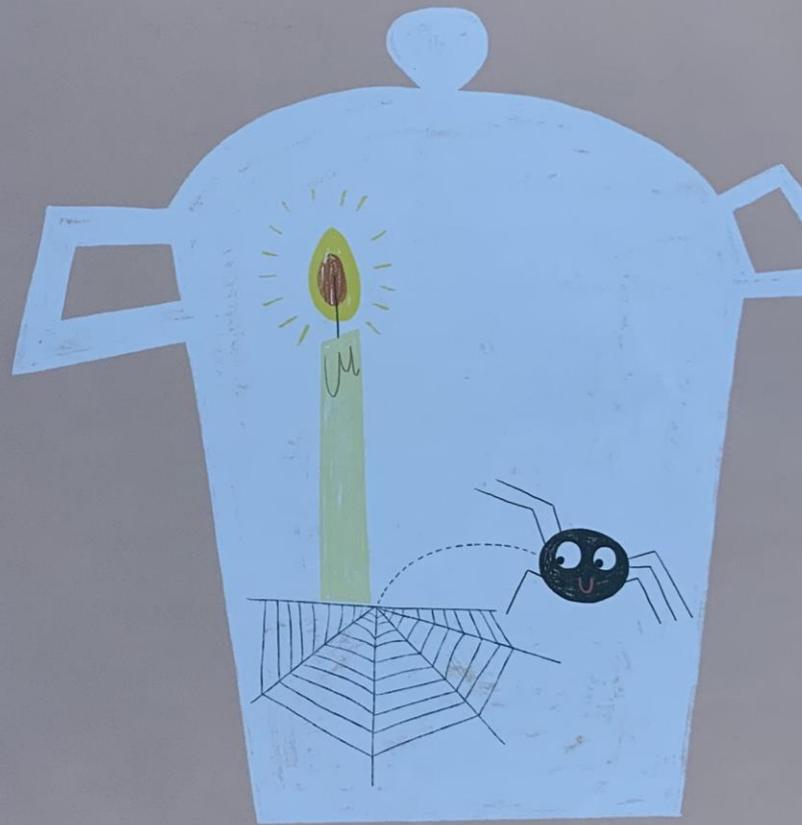
En la perola humeante
echó la baba brillante:
PUAJ, PUAJ.



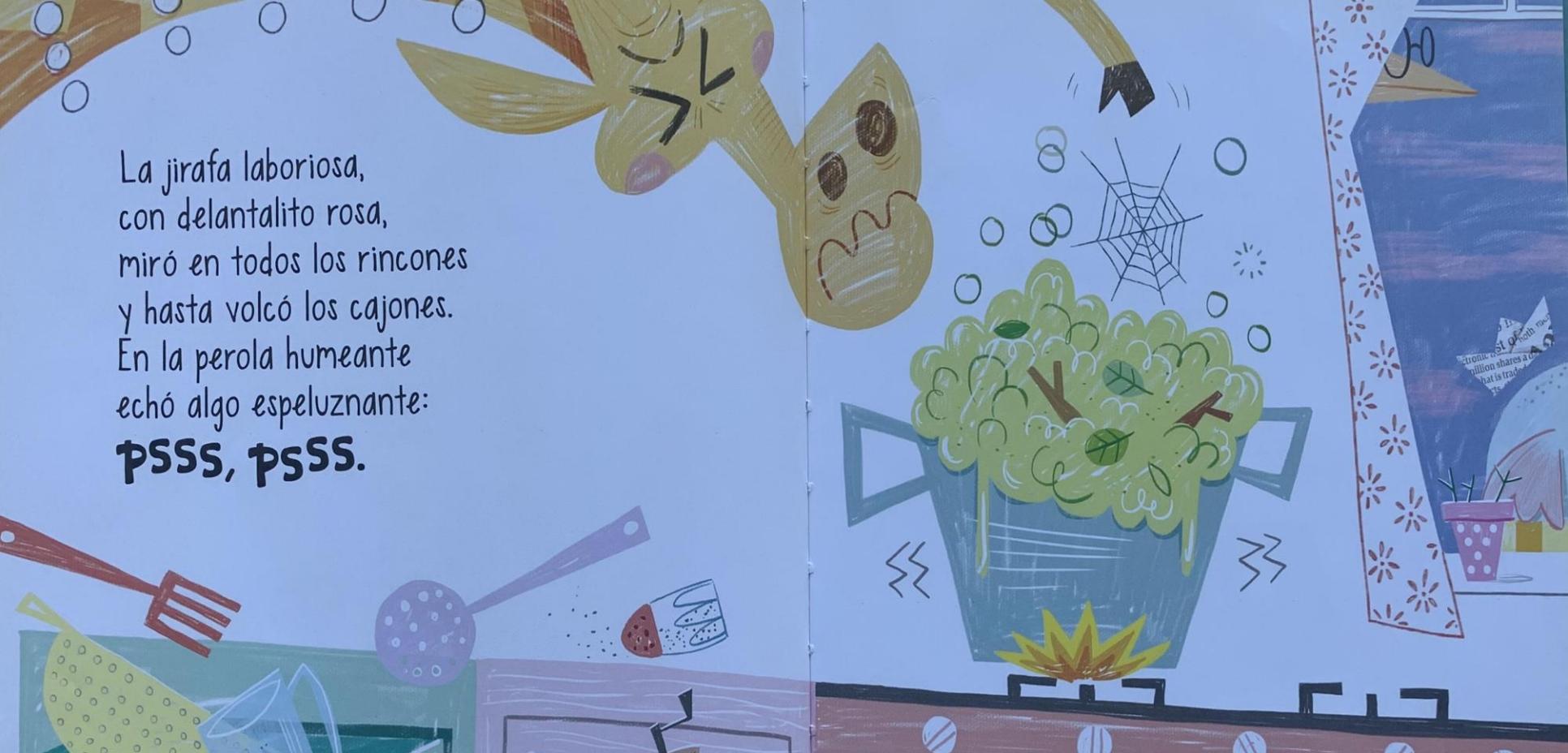
Hirviendo, el guiso cantaba
su canción disparatada:
GLU, GLU, GLU.
CHOP, CHOP.
PUAJ, PUAJ.



Entró entonces su vecina,
la hipopótama Avelina,
que se presentó dispuesta
a sumarse a aquella fiesta.



—A esta sopa tan variada
casi no le falta nada,
pero yo le añadiría
una telaraña fría.



La jirafa laboriosa,
con delantalito rosa,
miró en todos los rincones
y hasta volcó los cajones.
En la perola humeante
echó algo espeluznante:
PSSS, PSSS.



Hirviendo, el guiso cantaba
su canción disparatada:

GLU, GLU, GLU.

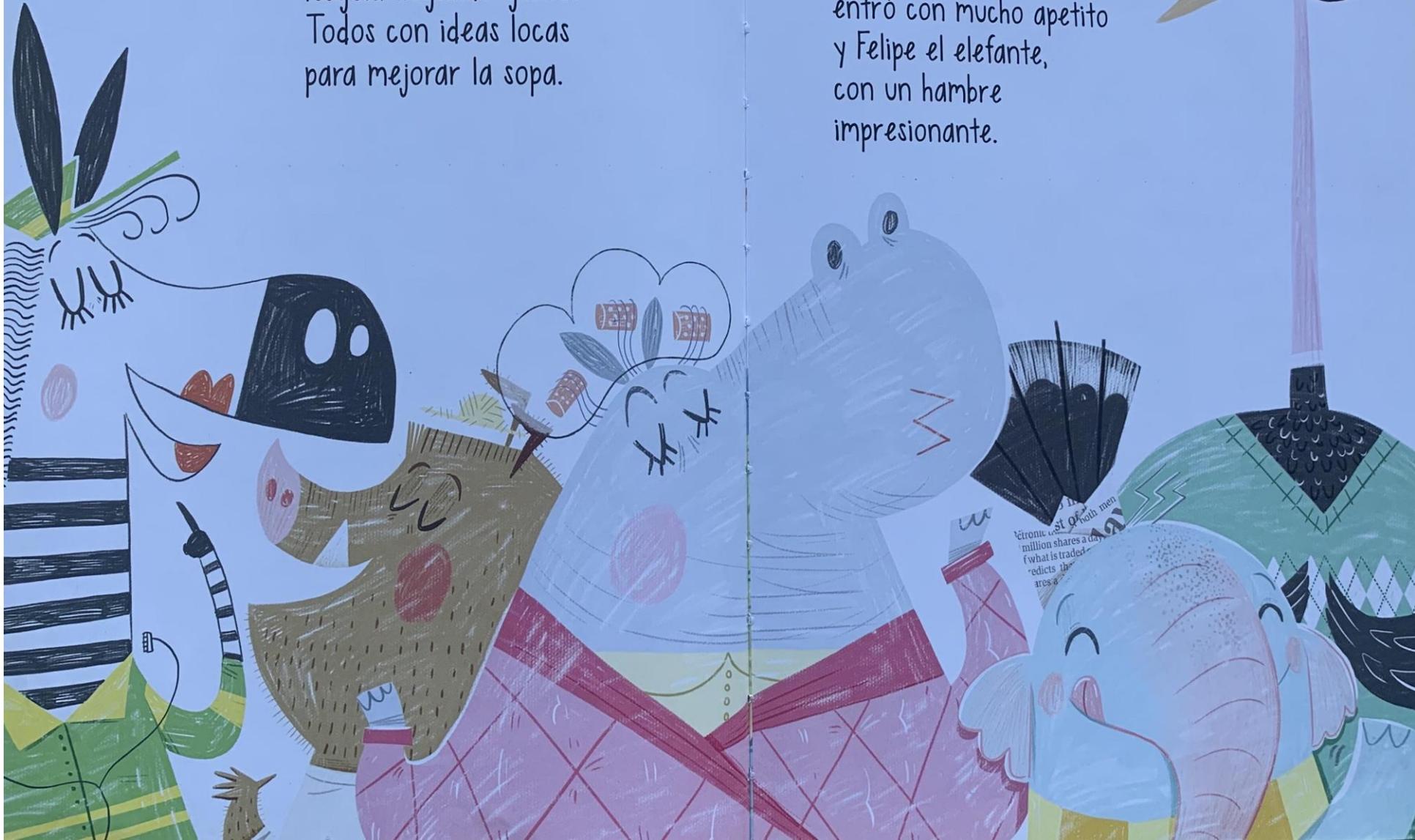
CHOP, CHOP.

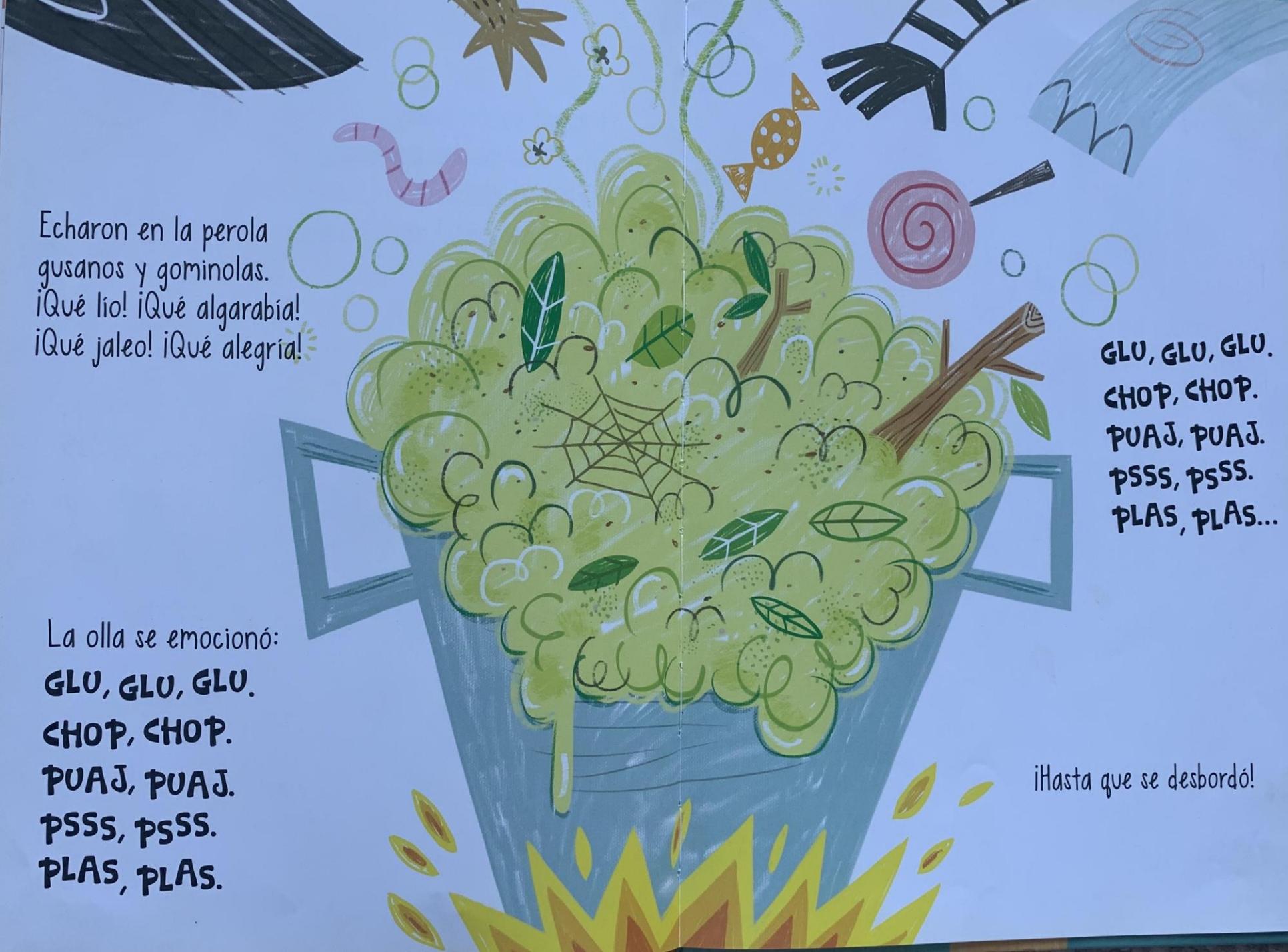
PUAJ, PUAJ.

PSSS, PSSS.

Aunque suene sorprendente,
i seguía llegando gente!
Todos con ideas locas
para mejorar la sopa.

El avestruz Agapito
entró con mucho apetito
y Felipe el elefante,
con un hambre impresionante.





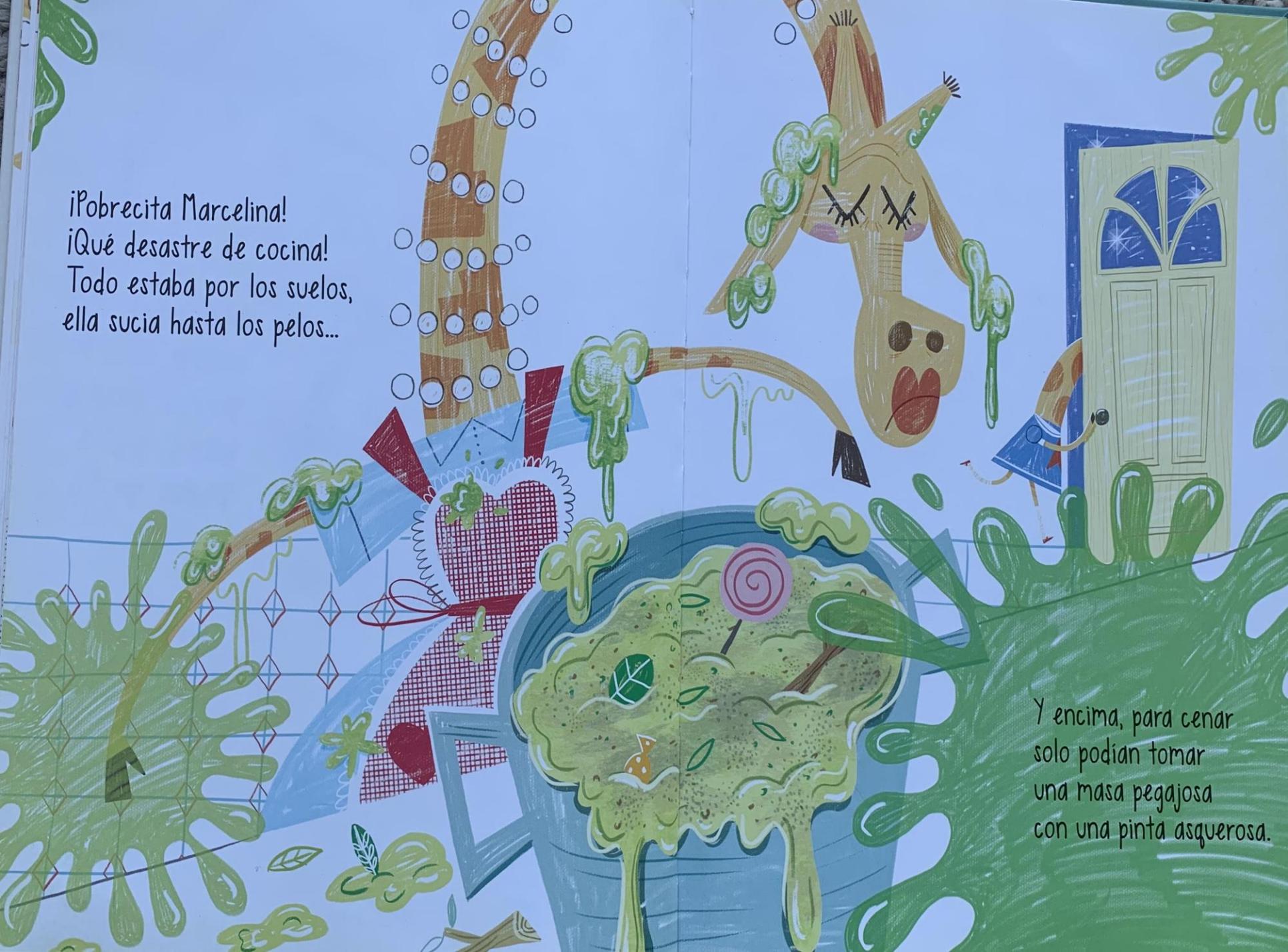
Echaron en la perola
gusanos y gominolas.
¡Qué lío! ¡Qué algarabía!
¡Qué jaleo! ¡Qué alegría!

La olla se emocionó:
GLU, GLU, GLU.
CHOP, CHOP.
PUAJ, PUAJ.
PSSS, PSSS.
PLAS, PLAS.

GLU, GLU, GLU.
CHOP, CHOP.
PUAJ, PUAJ.
PSSS, PSSS.
PLAS, PLAS...

¡Hasta que se desbordó!

¡Pobrecita Marcelina!
¡Qué desastre de cocina!
Todo estaba por los suelos,
ella sucia hasta los pelos...



Y encima, para cenar
solo podían tomar
una masa pegajosa
con una pinta asquerosa.

La sobrina, decidida,
fue a buscar otra comida
y regresó entusiasmada
con... ¡una gran ensalada!



Marcelina le dio un beso,
sacó fruta, pan y queso
y un banquete organizó
que a todos les encantó.